



#### IV

#### Justicia á la fuerza

**T**RANSCURRIÓ un mes sin que recibiese noticia alguna de don Tadeo. Al cabo de ese tiempo su escribiente Ortiz me entregó una carta que entre otras cosas decía lo siguiente:

«Puedo participar á V. que el asunto marcha bien, después de haber descubierto, no sin fatigas, el paradero de don Dionisio. Le he soltado ya los tres lebreles que V. conoce. Adios: la campana que oímos hace un mes doblaba por *ella*. No dé V. ningún paso para verme. Confío en que dentro de poco tendrá usted noticias más satisfactorias».

En efecto, pocos días después me envió un boletín detallado de la campaña emprendida contra Peralta: campaña que había terminado de la manera más satisfactoria. Pepito, John y Navaja se habían presentado á mi deudor, «á reclamar el pago de un crédito cedido á ellos por el licenciado don Tadeo. Peralta conocía por su reputación á los hombres con quienes tenía que habérselas y el apoyo de Cristóbal hacía la partida demasiado desigual. No le bastaban ya su

valor personal ni su decisión, para librarse del peligro. Era preciso ceder, y propuso una transacción que el licenciado aceptó. A una legua de Méjico, en el pueblo de Tacuba poseía Peralta una casa de campo, cuyo valor ascendía próximamente al importe de su deuda; cedió la casa á don Tadeo y este se apresuró á tomar posesión de ella. Para que todo quedase terminado solamente faltaba que yo recibiese la finca de manos del nuevo propietario.

Para esto me avisó el licenciado y una madrugada vino á buscarme con dos caballos ensillados y nos dirigimos juntos á Tacuba.

Al felicitarle por el éxito que había logrado por medio de tan especiales alguaciles, me dijo:

—Fuera de ciertas horas de embriaguez ó de vértigo, esos hombres obedecen á ciegas á quien les hace sentir su superioridad. Navaja fué el más activo de los tres, y tan eficaz que Peralta me anuncia en una carta que se vengará de él.

El calor era ya sofocante, á pesar de la hora; aquella campiña carecía de animación y en torno nuestro reinaba triste silencio.

A medio camino sentimos las pisadas de un caballo y se nos unió un jinete, en quien reconocí enseguida á Pepito. El bandido vestía con esmero, llevando capa azul con vueltas pajizas, y su caballo estaba enjaezado con toda la elegancia mejicana. Al saludarnos, dijo:

—Dispense V., señor don Tadeo, que me tome la libertad de acompañarle, porque este camino no es seguro, y hoy particularmente...

—Gracias, Pepito ¿qué hay?

El bandido le habló unos momentos aparte y le indicó un cerro á nuestra izquierda, sobre el cual revoloteaban una bandada de buitres negros.

El licenciado se detuvo y dió algunos pasos en aquella dirección, luego nos hizo seña de que continuáramos, y poco después se unió á nosotros.

Pronto llegamos á Tacuba; mi casa, aunque aún no podía considerarme dueño tenía condiciones de solidez y de desahogo que daban ventaja sobre casi todas las del pueblo. Tenía un huerto con su trozo de jardín, pero en lastimoso abandono.

Me habían informado de que era curiosa una toma de posesión, y lo primero que noté que nos aguardaban muchos habitantes reunidos en torno de la finca, á fin de participar de los regalos que son el complemento obligado de la ceremonia. Así que el portero nos franqueó el vestíbulo, don Tadeo me dijo:

—Está V. en su casa.

Después de examinar los bajos y el jardín subimos al primer piso. Abiertas las macisas ventanas que en el salón cerraban el paso al aire y á la luz observamos que había varios armarios. Uno de ellos no estaba completamente vacío; contenía un grueso volumen de encuadernación antigua. Don Tadeo, después de hojearlo rápidamente, se lo guardó bajo la capa.

Terminada la visita le dijo á Pepito:

—Llama algunos testigos; serás nuestro maestro de ceremonias.

Pepito, envuelto majestuosamente en su capa, salió en seguida á una ventana, y dirigió una alocución tan expresiva á los vecinos, la mayor parte de ellos miserablemente vestidos, que inmediatamente el patio se llenó de un número de testigos muy superior al que exige la ley. Bajamos, precedidos de Pepito, y nos trasladamos al jardín seguidos de los testigos.

—«Caballeros, dijo Pepito con voz entonada, son ustedes testigos de que, en nombre de la ley, el caballero aquí presente (y me señaló) toma posesión de este inmueble con la formalidad debida. ¡Dios y libertad!»

Don Tadeo se adelantó y, á instancia de él, arrancó un puñado de yerba que lancé por encima de mi cabeza, y luego tiré una piedra á la pared del jardín:

esto era ejercer un acto de propiedad, según la ley mejicana. Los testigos gritaban desafortadamente significando su satisfacción.

Me faltaba únicamente llenar la última formalidad impuesta por la costumbre: obsequiar á los testigos. Entregué para ello algunos pesos á Pepito, y este se encargó de conducir á aquellos hombres á la taberna.

Entonces don Tadeo me ofreció el libro que había guardado bajo la capa, diciendo:

—No ha sido comprendido en el inventario de esta casa, es antiguo, tiene mérito, y se lo ofrezco á usted en memoria de nuestro conocimiento.

—Por mucho mérito que tenga ese libro, le dije, todavía aprecio más la relación que me hizo V. en la azotea de la casa del callejón del Arco. No podré olvidar la confianza que debo á V., y además es una suerte bastante rara hallarse con una historia tan interesante, en vez de una consulta.

Al regresar á Méjico volvió á escoltarnos Pepito, y el licenciado me hizo reparar en algunas caras patibularias que de vez en cuando cruzaban la llanura y en lo que había aumentado la bandada de buitres sobre el cerro; al mismo tiempo me dijo:

—No le invito á V. á que vayamos á ver lo que ocultan aquellas rocas.

—¿Por qué?

—Porque temo que los nervios de V. sean un poco delicados: hay allí un cadáver que se disputan los buitres, y es el de Navaja. Peralta se ha vengado en él, no sabiendo seguramente que á la vez castigaba al asesino del paseo de Bucaselí. Por eso Pepito se ha empeñado en acompañarnos, y yo me propongo hacerle hombre honrado en pago de su solicitud y de su lealtad.

Don Tadeo y yo nos separamos en la Plaza Mayor, prometiendo volver á vernos. Pocos días después me instalé en la casa que acababa de adquirir en Tacuba.

Durante mi ausencia se cerró el garito del callejón. Al cabo de algunas semanas recibí una carta del licenciado despidiéndose para su patria, para España. Entre otras cosas me decía:

«Ha querido seguirme Pepito, casado ya con la hermosa china, que como es buena muchacha, ayudará eficazmente á la conversión de su marido.»

A mi regreso á Méjico el *evangelista* Lucas me confirmó esas noticias. Sentí muchísimo ignorar el paradero de aquel hombre extraordinario, no siendo probable que volviese á Sevilla, de donde una muerte en duelo le había obligado á emigrar á América.

El libro con que me obsequió, el valioso manuscrito de fray Alonso Urbano es el que ofrecí á la Biblioteca Nacional de París.

